

La pasión de Cirilo

René Bascopé Aspiazu

PEGADO a la pared de adobe. Incógnito y menos visible que el perro gris que resollaba a su lado.

Cirilo con las manos arañando sus muslos, bolsillos invisibles.

Cirilo, silueta de rata mística, contemplando estoico cómo los borrachitos nocheros se engullían hasta el aliento de las sandwicheras.

Cirilo sin derecho al hambre, sin derecho a la saliva clandestina, observando otras saciedades. Atento solamente a las órdenes esporádicas (ademanes) de Teresa la Anticuchera y Juana la Chicharronera.

Ya es su oficio el deslizarse hasta el traspatio y recoger carbón en la bolsa de yute. Carbón para los braseros y para la noche.

Cirilo sigiloso. Incierto como un gato caminando en los tejados.

Cirilo antiubicuo. Monolito de sombra. Consciencia del rito nocturno. Unica sombra más allá de las velas y los mecheros.

Pero al amanecer su contorno se dibuja y crece y el perro es cada vez más perro a su lado. Entonces las mujeres, sin excepción, le van llenando una bolsa mágica con sobras de panes empapados en manteca y con pedazos de chorizos y cueros masticados.

Cirilo regresa a su pared y mientras se despoja del sombrero de ferroviario del novecientos, mastica el contenido de su bolsa mágica y se siente nuevamente vivo y hasta regala las últimas migajas al perro agradecido.

Cirilo en las noches. Cirilo en los amaneceres. Su vida es un ciclo paralelo a la atmósfera herida por las llamas y el humo; renace con cada claridad en medio de una catarsis de frío y de aurora.

Cirilo, siempre. Más pequeño que Esperanza, prostituta enana, gran devoradora de anticuchos.

Pero esa noche (que no llovió), empezó con un relámpago premonitorio que le empapó el cuerpo con luz violeta. Y aunque al principio no se dio cuenta que su alma de harapo se había rebelado contra su destino de estiércol, supo que podía ser tan asquerosamente humano como ese carabinero que comía vorazmente tratando de evitar que la grasa le chorreara por los dedos.

Desde ese momento, el perro gris, que se retorció en un charco de aromas, se convirtió definitivamente en bestia y él notó que una diferencia abismal los separaba. Entonces fue capaz (se sintió capaz) de abandonar su marco de adobes tiznados y dirigirse hacia el centro mismo de los toldos y mirar de frente a las sandwicheras.

Cirilo, espectro mítico.

Sin inmutarse de las quemaduras, metió la mano al gigantesco perol de cobre y llenó la bolsa milagrosa con todas las frituras que pudo. Los gritos y la confusión no lo detuvieron. Después de correr mucho recordó las miradas embrutecidas de las mujeres y el golpe que alguien le había dado en la cabeza.

Cirilo llegó a su madriguera y tropezó con la mujer de todos que dormitaba destilando alcohol por la boca semiabierta. En el fondo, tres fantasmas andrajosos trataban de encender una fogata de papeles sucios mientras discutían con la voz torpe.

Cirilo creyó que le arrebatarían su bolsa llena de libertad y se quedó en el marco de la covacha; pero nadie notó su presencia. Entonces se puso cómodo y empujando a la mujer de todos hacia el interior, abrió la bolsa y por primera vez en su vida escogió lo que iba a comer primero. Algunas moscas atraídas por el olor fueron a posarse a sus manos.

En ese instante lo alumbró otro relámpago, tan intenso como el primero, y se miró las manos ampolladas y sintió que un hilo de sangre le bajaba de la frente. Quiso tocarse la herida y se dio cuenta que su sombrero de ferroviario del novecientos se había perdido en la carrera. Desconcertado tomó el chorizo más grande y le dio un mordisco rabioso.

Al tercer relámpago, la mujer de todos despertó un poco y pudo ver que Cirilo lloraba despacito, sin saber que esa era su gran noche.

**René Bascopé Aspiazu, narrador paceño
Autor de "La tumba infecunda".**